

PARTE OCHO, REPARACIÓN SEGUNDO MOVIMIENTO, NEGU

Los primeros productos de intercambio entre las dos cavernas no fueron alimentos sino materiales de construcción. En la Grosejule había más árboles que en nuestros terrenos inmediatos, y mejores herramientas para talar troncos y pulir tablones. Nuestra ventaja en los primeros días del *negu* era el horno de piedras. De modo que iniciamos el intercambio de cal y ladrillos por tablones y troncos, que era de beneficio para las dos partes.

Previo a ello debíamos completar la expedición desde la caverna del sur a la del norte. La ruta fluvial, por el Algamisto, el Guadaki-ibai y el Arrokatso resultó no ser viable, dado que las nacientes de los arroyos en ambos extremos del trayecto distaban mucho de las cavernas y no contábamos con animales de carga para completar el viaje.

La vía marítima tenía tres tramos. El descenso del Guada-alete, desde nuestro lago hasta el mar de Atlantis, que implicaba una jornada. La segunda jornada, si el mar estaba medianamente calmo, bordeando la costa en cabotaje hasta la boca de los ríos teñidos de amarillo. Y la tercera etapa, remontando uno de los ríos teñidos hasta su nacimiento, muy próxima a la Grosejule. Si bien las distancias sumadas eran comparables a un viaje de Sexta a Hiru, el que en una *txalupa* podría cumplirse en menos de una jornada, las limitadas capacidades de la balsa hacían que el trayecto implicara tres días y dos noches.

Resolvimos que lo óptimo sería una tripulación de tres personas. Para mejorar la flotabilidad, adosamos a los troncos varios tarugos de corteza de *artelatz* secados al fuego. Ello permitió que Etxekide, Guaire y Janequa emprendieran la primera excursión hacia la Grosejule llevando una carga de cuatro veces sesenta ladrillos y varias bolsas de cal.

Al llegar a la gran caverna, se quedarían unos días para construir una réplica de la balsa, lo que permitiría alternar las partidas de los sucesivos viajes de intercambio.



Estando sola con Abian y Ainenfrau, aproveché a disfrutar de la compañía de mi nuevo amigo, el joven pastor.

Puse empeño en conocer su idioma, empezando por los nombres de los animales como *aie* (oveja) *iepur* (conejo) o *kopoi* (mustela). A su vez, él se mostró encantado de aprender palabras en atlanteano. Pronto llegamos a un conjunto de términos y señas que nos permitieron una rudimentaria comunicación.

Pude comprender entonces que el verdadero nombre de mi amigo era Doru y que "Suntumbaiá" significaba "soy un chico" o "soy un muchacho". Pero ya me había habituado a llamarlo por ese nombre y continué haciéndolo.

En esas precarias conversaciones me fui enterando de la graciosa historia que la niña de trenzas había contado a los adultos de la aldea. Según ella, un enorme lobo había atacado a su tío para comérselo. Pero en el momento que estaba por devorarlo, se había convertido en una mujer muy alta de cabello rubio y finalmente había vuelto a transformarse en lobo al salir corriendo del cobertizo. Me pareció entender que él no había querido contradecir a la niña para no revelar la verdadera identidad de la "mujer-lobo" ante sus mayores, de modo que yo podía volver a presentarme como "Zeita" en caso de ser necesario.

Descubrí también que Suntumbaiá era diestro en coser cueros utilizando una aguja de hueso. Aprendí de él a confeccionar prendas con jirones de piel de oveja, al tiempo que le fui enseñando a maniobrar con los remos el pequeño bote de mimbre.

Los pastores quedaron maravillados de la repentina capacidad del joven para abastecer de pescado a la aldea, así como de sus habilidades para cocinarlo. Probablemente sospecharon que él lo había aprendido de nosotros, los *xigan*, como dieron en llamarnos. Por lo que no debió molestarles que el muchacho se llevara algunos animales y regresara sin ellos. Como resultado, fueron sumándose otras cabras, ovejas y gallinas a nuestros corrales.

Suntumbaiá cumplía mis deseos sin titubear, feliz de complacerme. La energía de aquel chico cuatro años menor, me hacía sentir dichosa, poderosa, exuberante.



Los fríos detuvieron el crecimiento de la vegetación y las heladas nocturnas quemaron los brotes de plantas y arbustos. Las plantas de maíz en los canteros móviles dejaron de crecer al llegar a una altura de seis dedos. El tiempo en el que era posible estar sin abrigo fue cada vez menor, hasta reducirse a un breve intervalo posterior al mediodía.

La primera excursión de intercambio regresó a veinte días de la partida, con una importante carga de tablones.

Guairé, Janequa y Etxekide evaluaron de forma positiva el viaje. Resaltaron la buena convivencia con los sobrevivientes del norte y la colaboración para construir la balsa, la que había quedado casi lista para navegar. De no impedirlo el mal tiempo, en pocos días partiría trayendo maderas para intercambiar por cal y ladrillos.

Ellos no tardarían en tener su propio horno funcionando, por lo que debíamos pensar qué otros productos ofrecer a cambio de los tablones. Por otra parte, las adversas condiciones del *negu* podrían hacer inviable la continuidad de los viajes. A menos que se pudieran construir refugios en la costa donde parar por las noches.



Guaire y Janequa vislumbraban una posible unificación de las comunidades tras el invierno.

— Cuando tengamos suficientes ladrillos y maderas, podremos construir cabañas.— Explicó Janequa.

— Dejaremos de ser trogloditas.— Aventuró Guaire.

— Y qué haremos con Ainenfrau y Abian ?

— Ellos podrían tener su propia *etxea*, no te parece, Itahisa ?

— Dónde ?

— Y... a una cierta distancia ...— Balbuceó Janequa.

— De la Grosejule ?

— Sí.

— Aún no entiendo por qué nosotros debemos ir allá ...

— Allá hay más árboles.

— Estás diciendo, Janequa, que Txanona estaría dispuesta a que Ainenfrau viviera a una cierta distancia ?

— No estoy segura, Itahisa, pero me parece posible.

Busqué las miradas de Etxekide y Guaire, procurando leer sus pareceres. No obtuve una impresión concluyente.

Janequa insistió.

— Pienso que debemos hallar el modo de reunir las comunidades. No es bueno permanecer divididos en un mundo desconocido, duplicando esfuerzos y requiriendo viajar tres o cuatro jornadas para visitarnos.

— Quizás podamos hacer otra cosa, — intervino Etxekide pensativo — buscar el lugar más adecuado en los valles del Tartessos y trasladarnos todos allí en *udaberrri*. Construir casas, una para cada mujer, y que Ainenfrau también tenga la suya.

Guaire apoyó la idea de Etxekide.

— Eso ! Una aldea cerca del mar. Y en el centro, el mástil con la bandera.

— Cuál bandera ?

Los tres me miraron como si yo estuviera haciendo una pregunta tonta.

— La bandera atlanteana, Itahisa, cuál ...

— No estoy de acuerdo.— Interrumpí con brusquedad.

— Puedes ... explicarnos ?

— No izaremos la bandera como si nada hubiera ocurrido. Como si las ciudades de Atlantis, con sus gentes, sus casas y palacios, sus barcos y puertos, se encontraran aun del otro lado del Mar.

— Pero ...

— Por respeto a nuestros muertos, no podemos enarbolar la cruz con los tres círculos.

— Dices que ...

— No entienden ? La bandera es el símbolo con el que las mujeres y los hombres de todos los confines de la Tierra han identificado desde hace ciclos a la poderosa civilización de Atlantis. No podemos dar ese mensaje.

— Cuál ... mensaje ?

— No podemos arrogarnos el título de continuadores. No somos continuadores. Atlantis ha sido destruida por el desastre y nosotros somos apenas un grupo de sobrevivientes, incapaces de restaurar esa pérdida. Ese es el mensaje que debemos dar.

Se hizo un silencio. Supe que mi discurso no había resultado demasiado convincente.

Etxekide se animó a preguntar.

— Y cómo daremos ese mensaje, Itahisa ?

Aunque deseaba tener la respuesta, me surgían ideas confusas.

— Aún no lo sé, mi amor.



Cuando los vimos a la distancia comenzamos a preocuparnos. Era un grupo pequeño, de unos diez adultos.

Debíamos haber previsto que los hombres del hielo regresarían. Sabíamos que ellos marchaban al norte a mediados del *uda* y regresaban al sur durante el *negu*. Aunque por algún motivo habíamos negado tal posibilidad. Los habíamos dado por muertos.

Allí venían, bajando la montaña, escoltados por una jauría de lobos.

Serían los mismos que ocupaban nuestra caverna previo al desastre ? En tal caso, "nuestra" caverna era "su" caverna. Cómo reaccionarían al descubrir que estábamos instalados en su refugio habitual ?

Estarían relacionados con Ainenfrau ? Sería ésta su "manada", al decir de Txanona ? Qué ocurriría con ella ? En caso de conflicto, actuaría de intermediaria o tomaría partido por uno de los bandos,? Resolvería marcharse con sus iguales o permanecería con nosotros ?

Suspendimos las tareas matutinas y nos agrupamos en la entrada. En la eventualidad de un enfrentamiento, teníamos dos muros de ladrillos como defensa. Mirábamos a Ainenfrau tratando de adivinar, por sus expresiones, lo que podría suceder.

Rápidamente las dudas comenzaron a despejarse y los temores a confirmarse. El grupo de hombres del hielo indudablemente se dirigía a la caverna con intención de ocuparla. No eran familia cercana de Ainenfrau pero tampoco absolutos desconocidos. Ella no se mostraba contenta, ni preocupada. Observaba al grupo que se aproximaba con los brazos en jarra y expresión de leve expectativa.

Cuando estuvieron a un campo de distancia, ella salió al encuentro. Los hombres del hielo se detuvieron y los lobos se acercaron a Ainenfrau a reconocer sus olores. Ella acarició a las fieras como si se tratara de dóciles conejitos. Un hombre mayor, de canosa barba, comenzó a hacerle preguntas.

No éramos capaces de entender lo que estaba en discusión. A juzgar por los gestos, que variaban entre el desconcierto y la desaprobación, la situación era tensa. En particular los varones, dos mayores y dos jóvenes, se veían molestos por lo que Ainenfrau les estaba contando. Las mujeres en cambio, atendían el relato con asombro, intercambiando a veces miradas y cuchicheos.

Repentinamente el anciano endureció el tono, en lo que aparentaba ser una sucesión de ásperos reproches hacia Ainenfrau. Ella soportó las amonestaciones sin hablar, mirando al piso.

A mi lado, Abian estaba alerta, rígido. Posé mi mano en su pecho para que se mantuviera en su lugar.

Supusimos que el problema era la usurpación de la caverna aunque no teníamos certeza de ello. Lo evidente era que los hombres del hielo estaban sumamente enojados. Empezaron a vociferar y a hacer ademanes amenazadores.

Ainenfrau comenzó a retroceder. Les pedí a Etxekide y Guaire que retuvieran a Abian por la fuerza y fui al rescate de la acosada. Cuando estuve con ella, vi de reojo que uno de los trogloditas recogía una piedra del suelo. Reaccioné con un grito y la tomé del brazo. Empezamos a correr. La primera pedrada pasó zumbando sobre nuestras cabezas. Oí un alarido de dolor y vi que la oreja de Ainenfrau sangraba. Abian pugnaba por zafar de los brazos de Guaire y Etxekide, para venir hacia nosotras. Janequa chillaba la consigna de entrar a la caverna.

En el instante que llegamos al muro, una lluvia de piedras estallaba contra los ladrillos. Sentí un golpe en la espalda. Abian abrazó a Ainenfrau, elevándola como a un bebé. De un salto estábamos tras la pared, a salvo de las piedras, pero los hombres del hielo se aproximaban.

Era imperioso ingresar a la caverna y bloquear la entrada.

Del lado interno, acumulamos troncos contra el cerramiento de tablones. Las pedradas retumbaban. A través de las rendijas pudimos ver que los atacantes demolían a golpes la pared externa, el gran arco que anteriormente había sido una empalizada. Por un momento quedamos horrorizados, esperando que hicieran lo mismo con la segunda pared, la que cerraba el patio de entrada.

Si eso sucedía, quedaríamos frente a frente. Estaríamos obligados a defendernos con los arpones, como lo habíamos hecho con los lobos.

Pero inesperadamente ocurrió que el anciano jefe de los trogloditas dio la voz de alto. Las piedras dejaron de llover. Siguió un rato de deliberaciones. Los vimos volver a reunirse con las mujeres y los lobos.

Tuvimos un respiro para prestar atención a las heridas. La de Ainenfrau era la más seria. La piedra había rozado su cuello y arrancado parte de su oreja. Sangraba profusamente. La de mi espalda también sangraba, pero no era profunda. Guaire y Abian estaban lastimados en hombros y brazos. Por suerte favorable, Etxekide y Janequa habían resultado ilesos.

Intentamos interrogar a Ainenfrau sobre lo ocurrido pero ella permaneció en silencio, visiblemente abatida, igualmente indiferente a nuestras preguntas como al dolor que debía causarle la herida.

Volvimos a escuchar ruidos de golpes. Los atacantes habían derribado la puerta de uno de los corrales de ovejas. La jauría se abalanzó sobre ellas para matarlas y devorarlas.

Abian comenzó a gritar de furia y tomó el hacha con la intención de salir a tomar represalias, pero afortunadamente pudimos impedirselo. Logramos persuadirlo de que sólo nos arriesgaríamos a enfrentar a aquellos forzudos en caso de que quisieran entrar a la caverna.

Luego de que los lobos saciaran su hambre, hubo otro momento de tensa espera. Los hombres del hielo volvieron a cargar los bultos sobre sus hombros y emprendieron la marcha.

Los vimos alejarse, hasta desaparecer de nuestra vista.

La punzada comenzó a propagarse por mi espalda. Y mis piernas y brazos a entumecerse, como si hubiera remado una jornada entera.



Ainenfrau se encerró en un triste mutismo durante varios días y sólo Abian fue capaz de arrancarle algunas frases, que igualmente nos resultaron oscuras.

Lo único que comprendimos fue que los hombres del hielo habían resuelto dirigirse hacia otra *jule* en las montañas del sureste. Asumimos que se establecerían allí por dos estaciones. Hasta tanto, era poco probable que volviéramos a toparnos con ellos.

Pero si habían anunciado que continuarían viaje, cuál era la explicación del violento arrebato de ira del que habíamos sido víctimas ? Qué había dicho ella a los hombres para causar tal enfado e irritación ?

Para averiguarlo, no era suficiente que Ainenfrau saliera de su actitud taciturna y se dispusiera a darnos una explicación. Debíamos además desentrañar los significados de sus enigmáticas palabras.



El tiempo devino inclemente. Fuertes vientos y lluvias se sumaron al intenso frío.

Resolvimos desmontar los corrales que teníamos a la intemperie y trasladar los animales a la sala principal. Levantamos cercas para confinar a los rebaños y delimitamos el "hogar" donde nos reuníamos a comer, del rincón que Abian y Ainenfrau utilizaban para dormir.

Completamos el cerramiento de la entrada con un bastidor abatible, como una gran ventana. Por las mañanas lo colocábamos en posición horizontal para permitir entrar la escasa luz solar, y por las tardes lo hacíamos bajar para clausurar la entrada y protegernos de las heladas nocturnas.

Guaire y Janequa se mudaron a mi dormitorio, donde hicimos una pared de tablones con el fin de improvisar una división de espacios.

El nivel de agua en la cámara inferior continuó creciendo hasta alcanzar una profundidad de tres pasos.



Una mañana escuchamos el inconfundible bramido del colmillo de elefante. Corrimos hasta el lago a recibir a nuestros amigos que habían llegado en balsa desde la Grosejule.

Me decepcioné al ver que ni Oihane ni Guadarteme formaban parte de la tripulación, pues deseaba mucho volverlos a ver. Me alegró que uno de ellos fuera Atabar, cuya compañera, nuestra amiga Mizkila, había fallecido durante los aciagos días del diluvio.

Los otros dos eran Xitama y Godereto, la pareja de *hamazortzi* de Lehen que había tenido que cambiar de *txalupa* en medio de la tormenta, tras el accidente del barco dos.

Aquel infortunado episodio nos había mostrado rasgos de Godereto que hasta entonces desconocíamos. Luego de caer al mar con el brazo quebrado, él había tenido la entereza para socorrer a sus compañeros de naufragio. Días después, aun con el brazo inmovilizado por las vendas, había puesto todo su esfuerzo en ayudar cuando nuestra *txalupa* corría riesgo de hundirse. Más tarde, se había mostrado sereno ante la eventualidad de tener que abandonar definitivamente la expedición y regresar a Islas Castigadas. Quizás su inalterable determinación explicaba el modo prodigioso en que el brazo había sanado.

Xitama no me caía mal, aunque no había cultivado el vínculo con ella. Casi nunca habíamos hablado durante el entrenamiento y el viaje. No se caracterizaba por ser muy conversadora, más bien abstraída, concentrada en sí misma.

Me resultó curioso que ella fuera la única mujer en la balsa. Era entendible que Txanona hubiera descartado a Oihane como emisaria. Pero de querer enviar a alguien de su plena confianza, lo esperable hubiera sido encomendar a Iulen, su leal amiga de Islas Castigadas.

Godereto y Abian se conocían desde la infancia en Lehen, aunque el compañero de Xitama ya había cumplido veintiún años, uno más que el gigante. Quizás este vínculo entre ellos fuera también motivo de la decisión de Txanona.

Xitama era nacida en Bosteko, pero yo no la recordaba de mi infancia. Había sido adoptada en Lehen por un *Klan* del Círculo. Y además era *Maisu* en Medicina. Ella y yo resultábamos ser las únicas *maisuk* en Medicina entre los sobrevivientes. Acerca

de ello habíamos hablado brevemente durante mi visita a la Grosejule. Ambas compartíamos el disgusto por no disponer de los ingredientes para elaborar medicamentos y la decepción de no haber sido de mucha ayuda en la curación de nuestros compañeros.

Debimos reacomodar la cámara superior para alojar a los visitantes. Con buena disposición nos arreglamos para dormir siete personas en el que, poco tiempo atrás, había sido mi exclusivo dormitorio.



Opté por tomar la iniciativa. En cuanto la lluvia se detuvo, invité a Xitama a dar un paseo.

En el camino intercambiamos pocas palabras. Al llegar al lago nos sentamos sobre un tronco. Por un rato observamos el alboroto de las aves que nadaban en los pastizales.

— Esos pastos que crecen bajo el agua fueron nuestra salvación.

Xitama estudió los tallos con expresión de asombro.

— Los comieron ?

— No. Alimentamos a las cabras.

— Y las cabras dieron leche durante la sequía ?

— Muy poco. Mientras pudimos cosechar estas hierbas.

Xitama reflexionó por un momento. Reconocí la belleza de sus facciones, aún afectadas por la delgadez.

— Ustedes llegaron a estar sin agua. Casi mueren por ello, pero tuvieron leche. A nosotros nunca se nos agotó la reserva de agua, pero no teníamos cabras y terminamos comiendo grillos y moscas, muriendo de hambre. Quién lo sobrellevó mejor ? La noche que ustedes llegaron a la caverna, no tuve dudas. No sólo porque se veían notoriamente mejor que nosotros. Sino porque habían sido capaces de cruzar el valle y caminar durante cuatro jornadas, hasta encontrarnos. Mientras nosotros apenas si podíamos dar unos pasos.

— Es cierto. Cuando los encontramos ... ustedes tenían un aspecto ... horrible,.

Ella frunció los labios.

— Dábamos lástima, no ?

— Lástima o pavor. Parecían muertos vivientes, arrastrándose, demacrados hasta los huesos, sangrando por las bocas ...

Xitama interrumpió mi descripción con una sonora carcajada. Ambas reímos de nuestras desgracias, como si ya formaran parte de un pasado remoto. Pudimos burlarnos del horror de haber visto a nuestros amigos enfermos de muerte, de habernos resignado a la ineficacia de nuestros conocimientos en Medicina.

Volvió a lloviznar. Afortunadamente habíamos llevado las capas impermeables. Mi colega no pareció afectarse, de modo que permanecemos sentadas, contemplando la superficie plateada del lago, acribillada por multitud de diminutas gotas.

— Cuando tengamos ladrillos suficientes, podremos construir *etxeak*.

Xitama asintió, dándome a entender que coincidíamos en la inconveniencia de reemplazar las cavernas por cabañas de madera.

— Nuestro horno aún no está funcionando. Pero estaremos fabricando ladrillos en pocos días.

— Pero habrá que esperar al *udaberrri*. Es imposible trabajar afuera con estos fríos.

— Sí, probablemente. El problema, Itahisa, no es cuándo. Sino dónde.

Me alegré de vislumbrar el nudo de aquella conversación. Decidí compartir lo que habíamos deliberado con Etxekide, Janequa y Guaire.

— Nosotros pensamos que el mejor punto es próximo a la boca del Guadaki-ibai.

— No es buena idea.

— Por qué no ?

Xitama dudó un momento antes de animarse a responder.

— Porque Tinabuna dice que sería peligroso.

Quedé sorprendida. Cualquier otro argumento me hubiera resultado más creíble.

— Acaso Tinabuna recuperó la cordura ?

Xitama se divirtió de mi expresión incrédula.

— En absoluto. Está completamente trastornada.

— Entonces ?

— Ella asegura que el mar continuará subiendo, avanzando lentamente sobre el continente. Que cualquier construcción que hagamos en la costa, en pocos años quedará sumergida bajo las olas.

— Y por qué tenemos que dar crédito a sus desvaríos ?

— Porque estamos convencidas, Itahisa, que Tinabuna dice cosas sensatas intercaladas en sus desvaríos. Pero no tenemos certeza de cuáles son cuales.

Aunque absurdo, aquello era inapelable. Opté por retomar el asunto crucial.

— Han pensado ustedes en abandonar la caverna en *udaberrri* ?

— Sí. Lo hemos discutido. Tenemos previsto mudarnos al valle.

— Del Guadaki-ibai ?

— Sí. Del Tartessos mayor.

Disimulé mi alivio por la feliz coincidencia.

— Bien.

Xitama desenrolló un lienzo y lo extendió sobre el tronco.

— Aún no hemos resuelto el sitio más adecuado, pero estimamos que sería cercano a la desembocadura del arroyo rocoso. Eso es, aproximadamente, a mitad de camino entre las dos cavernas, lo que facilitaría los traslados.

El punto señalado era inmediato a la unión del Arroksatsu y el Guadaki-ibai, donde una vez habíamos improvisado la balsa de estacas, durante la exploración hacia el norte. La propuesta no me resultó desatinada. Desde allí llegaríamos al mar en menos de una jornada y podríamos navegar por cualquiera de los afluentes del Tartessos. Traje a mi memoria el paisaje del lugar. Seguramente, al finalizar el *negu*, tendríamos abundante vegetación en los alrededores. Contaríamos con bosques en las cercanías. Viviendo en la ribera del río, la pesca resultaría sencilla.

— Creo que podremos ponernos de acuerdo en esto, Xitama. Aunque dudo que podamos solucionar las otras discrepancias.

— Respecto a la mujer del hielo ? Creo que podemos llegar a una solución. Tengo una propuesta para hacerte.

— Y sobre las otras ... reglas ?

— Quizás también. Lo de embarazarse o no, es asunto de cada una.

— Me alegro de escuchar eso.

— Txanona me ha pedido que no prepare la infusión para provocar la luna a quien la tenga atrasada. Yo estoy dispuesta a no hacerlo. Además, dudo mucho de que las hierbas conserven su eficacia. Recuerdas de lo que pasó con Aremoga ?

— Txanona te ha pedido eso !

Repentinamente, mi interlocutora abandonó el tono apacible de la conversación y se expresó con dureza.

— Sí, Itahisa. No voy a discutirlo contigo. Estamos en una situación extremadamente vulnerable y debemos sujetarnos a ciertas reglas. Alguien tiene que tomar el liderazgo y Txanona lo está haciendo.

— Y si a mí se me antoja desacatar esa regla ?

— No creo que cambie mucho. Puedo asegurarte que Urma, Txanona, Iulen y yo estamos dispuestas a tener hijos lo antes posible. Y también Janequa.

La afirmación me dejó perpleja. Janequa también ? Cómo lo sabía ?

— No has mencionado a Oihane.

Xitama sonrió.

— Ni a Oihane, ni a Itahisa ... Tampoco a Tinabuna, pero por otros motivos.

Me causó gracia. La directora de la expedición, además de no ser una mujer atractiva, nunca había dado muestras de interesarse en los hombres, ni los hombres en ella. Todo eso sin contar su actual insania.

— Oihane piensa como yo, verdad ? Es por eso que no ha venido ?

Xitama evitó responderme, cambiando de asunto.

— Volviendo a la mujer del hielo ... el problema no es ella. El problema es el niño que crece en su vientre. No nos haremos cargo de él.

— Cómo ?

— Txanona me ha pedido que te transmita este mensaje. La mujer del hielo será admitida en calidad de vecina, aunque no como miembro de la comunidad. Tampoco su hijo.

Respiré profundamente para contener mi enojo. Si bien me percataba del intento de conciliación, aquella oferta me resultaba un fraude. Una farsa de pretendida solidaridad para ocultar una obstinada actitud discriminatoria.

— Como si ella fuera una *ukatu*. Qué crimen ha cometido ? — Repliqué con amargura.

Otra vez, Xitama ignoró mis palabras.

— Le proporcionaremos ladrillos y maderas.

— Estoy sorprendida. No esperaba tanta generosidad.

— Asumiendo que ella se avenga a vivir en una *etxea*, cosa que dudamos.

Juzgué que la conversación había llegado a un terreno estéril. La lluvia se hizo más fuerte. Mi interlocutora permaneció indiferente a tales circunstancias, las gotas resbalándole por sus mejillas mientras observaba el paisaje en su típica pose abstraída.

— Tengo hambre.— Dije finalmente.

— Yo también. Qué habrá para comer ?

— No lo sé. Gustarías *txarki* de cerdo ?

— Excelente.

Con los cabellos empapados emprendimos el regreso.



No tardé en enterarme que Godereto había hablado con Abian para hacerle una proposición similar a la que Xitama me había planteado en el lago. Me preocupé por conocer la reacción del gigante y procuré un aparte con él después del almuerzo.

Él manifestó que estaría dispuesto a mudarse con nosotros al valle, en caso de que yo tomara esa decisión. Que no le afectaba demasiado la supuesta calidad de "vecina" otorgada a Ainenfrau, porque ella sabría manejarse para obtener reconocimiento en la comunidad, del mismo modo que lo había hecho con nosotros. Similar pronóstico hizo con respecto al bebé de la mujer del hielo, a quien refirió como "nuestro hijo". Abian dijo estar seguro que la comunidad terminaría aceptándolo.

No me pareció oportuno discutir su optimismo, aunque íntimamente albergaba serias dudas de que las cosas fueran a suceder según sus previsiones.



Quise también tener un tiempo a solas con Atabar.

Caminamos largo rato una mañana excepcionalmente soleada, con el recuerdo de Mizkila predominando en nuestra conversación.

Cuando nos sentamos a tomar un descanso, él liberó su angustia, quebrándose en un dolorido llanto. Tomé sus manos y me senté en su falda para ofrecerle mi consuelo.

— Por qué, Itahisa, — sus ojos irritados me miraban implorantes — por qué nosotros estamos vivos si todos han muerto ?

No supe qué decirle. Simplemente besé su frente y acaricié su cabello.

— Todos nos hacemos esa pregunta.— Murmuré tras un momento.

Él intentó secarse las lágrimas con el dorso de la mano.

— No puedo ... resignarme, no podemos ...

— No podemos reparar lo que ha pasado, querido Atabar. Lamentablemente, no está en nuestras manos.

Él apoyó su cabeza entre mis pechos, exhalando gemidos de pesar. Así estuvimos un tiempo sin hablar.

— Qué está en nuestras manos, entonces, Itahisa. ?

Medité antes de responderle.

— No podemos vivir lamentándonos. Tenemos que proponernos iniciar ... otra vida. Como si hubiéramos muerto y vuelto a nacer, que en realidad, es lo que ha ocurrido.

— Otra vida ? — Su tono era de protesta, de recelo.

— Así es, Atabar. Hemos muerto, hemos cruzado la Puerta, nos hemos reunido con los Dioses, y Ellos nos han encomendado esta insólita misión.

Una sonrisa mínima se esbozó en su hermoso rostro ante la sarta de disparates que yo estaba inventando.

— Casi te creo, *guhira*.— Concedió en un atisbo de buen humor.

— Debes creerme, mi amor.— Repliqué antes de besar sus atractivos labios.



Tres días más tarde, Xitama, Godereto y Atabar emprendieron el regreso al norte en la balsa cargada de ladrillos.

También llevaron los acuerdos a medias alcanzados. Junto a nuestras persistentes discrepancias sobre las pautas de convivencia propuestas. Escasos avances hacia una feliz reunificación de las dos comunidades.

La crudeza del *negu* nos impidió realizar otros viajes durante los veinte días posteriores.

La nieve volvió a caer, cubriendo de blanco las montañas y los valles, obligándonos otra vez a vivir encerrados.



Si bien, afortunadamente, en esta ocasión contábamos con acopios suficientes de leña, alimentos y agua, la prolongada inactividad nos resultó igualmente intolerable.

Los días y las noches apenas diferían en su oscuridad y el espacio para estar dentro de la cueva se había reducido a causa de los corrales delimitados en la sala principal.

La rutina diaria consistía en dar alimento a los animales. Ordeñar y hornear galletas para el desayuno. Por las mañanas, tejer *espartzu* o hervir aceite. Por las tardes, remover la nieve de la entrada, acondicionar las lámparas y preparar la cena.

Ni siquiera Ainenfrau intentó llegar al lago por encima de la capa de nieve de un paso de espesor. Su panza de dos estaciones no le permitía acostarse sobre el catre deslizante. Pese a que ello nos dejaba sin pescado fresco, nos conformó que la mujer del hielo admitiera finalmente las limitaciones de su estado.

Al igual que en los peores días de la sequía y del diluvio, pasábamos buena parte del tiempo durmiendo. Guaire, Janequa, Etxekide y yo, en la cámara superior con la mustela. Abian y Ainenfrau en la sala principal, con las cabras, gallinas y ovejas.

Con el paso de los días acompasamos los tiempos en los que cada pareja dormía, de modo que siempre hubiera alguien despierto, y también como forma de reducir los roces y malestares que se hicieron frecuentes entre nosotros.

Cualquier cuestión pequeña podía convertirse en motivo de agrios reproches y discusiones. La administración de la leña, el racionamiento del *txarki*, la limpieza de los corrales, o el estado de la ventana de la entrada que, al ser elevada, dejaba entrar un poco de luz diurna, al mismo tiempo que enfriaba drásticamente la sala principal.

El frío extremo trajo además otra consecuencia sumamente enojosa. Desalentaba a quitarse las pieles de abrigo para ventilarlas. Bañarse con crema de lejía era una operación incómoda que fue haciéndose más esporádica. Nuestros olores corporales se sumaron al conjunto de pestilencias de la caverna, y nuestros cabellos fueron impregnándose de grasa y del hollín de lámparas y hogueras.

El ánimo colectivo, ya deteriorado por el encierro, terminó de quebrarse cuando una mañana notamos que las plantas de maíz habían sucumbido a las heladas nocturnas. No sólo por el esfuerzo que habíamos invertido en protegerlas, no sólo porque no

tendríamos maíz en *udaberi*, sino primordialmente por la frustración de haber perdido valiosas semillas en un ensayo malogrado.

Los días siguientes, la convivencia devino insoportable.

Las reuniones de los seis para la cena se suspendieron, junto con las oraciones grupales que Janequa dirigía por las noches. Sólo se hablaba para intercambiar reproches, insultos o recriminaciones.

El malestar recién empezó a despejarse cuando, tras veintidós días, la nieve dejó de caer y comenzó a derretirse en los primeros, efímeros, asomos del sol.

Aunque el frío no cedió y continuó lloviendo durante varios días más.



La presencia de bisontes en las cercanías de la caverna fue motivo de celebración.

Era una manada de ocho animales adultos y dos crías. Aunque de menor porte que los bisontes que conocíamos, impresionaban por su corpulencia, sus cuernos curvos y los vapores que despedían al respirar. Las crías se diferenciaban además por tener el pelaje más claro que los adultos. La manada estuvo pastando durante tres jornadas al alcance de nuestra vista y luego continuó su marcha hacia al sureste.

Nada hicimos por aproximarnos a las enormes bestias. Eran los primeros grandes animales que veíamos luego del desastre. Simplemente nos alegramos de que hubieran sobrevivido a las catástrofes. En un futuro podríamos cazar a los más ancianos para aprovechar la carne como alimento, la grasa para las lámparas y los cueros para nuestros barcos.



Faltaba poco para la Fiesta de Ama, el final del invierno, cuando estuvimos en condiciones de volver a navegar.

Los días ya eran notoriamente más largos. Teníamos previsto realizar un viaje a la Grosejule, para reiniciar el intercambio suspendido por el mal tiempo.

Etxekide había ido a las montañas del sur siguiendo el rastro de los bisontes hasta las nacientes del Guadi-aro, para saber si la manada continuaba su camino o de lo contrario se afincaba en los valles cercanos.

Próximo al mediodía lo vimos regresar. Venía corriendo. Nos llamó la atención su apuro y por un instante temimos que los bisontes lo estuvieran persiguiendo. Al llegar hasta nosotros, señalaba al sur, escaso de aliento para expresarse con palabras. Lo rodeamos para enterarnos qué ocurría.

— Hay algo ...— anunció jadeando — algo ... blanco.

Cruzamos miradas de desconcierto.

— Algo blanco ?

— Sí. En las montañas ... de Libia.

No entendimos por qué "algo blanco" podía causar semejante alteración a Etxekide, hasta que él se atrevió a explicar.

— Creo que es ... una vela.

— Una vela en la montaña ? — Sentí una dureza en mi pecho ante la posibilidad de que Etxekide estuviera en lo cierto.

— Una vela de *txalupa* ? — Quiso precisar Guaire, resumiendo nuestra incredulidad.

Etxekide respiró profundamente antes de responder.

— Sí. Creo que es una vela de *txalupa* atlanteana, ondeando al viento.

— Estás seguro ? — Preguntamos Janequa y yo.

— No. De lo que estoy seguro es que esa ... cosa ... no estaba ahí a fines del *neguberri*.

Aunque apabullamos a Etxekide con preguntas, él no pudo agregar más detalles.

Durante el almuerzo discutimos si ir a corroborar con nuestros ojos lo que Etxekide había descubierto, o preparar de inmediato las balsas para descender hasta el mar con destino a Libia.

Nos ganó la ansiedad y fuimos caminando a las montañas del sur. Al llegar al punto de observación, quedamos decepcionados. En el horizonte se alcanzaba a ver la cadena montañosa del Continente de Libia. Pero en los macizos, azules por la distancia, era imposible notar algún punto blanco. Ni siquiera Etxekide fue capaz de señalarmos el lugar con exactitud y se excusó alegando que la visibilidad de la tarde no era tan buena como la del mediodía.

De todas formas, resolvimos confiar en los ojos de Etxekide. Ninguno de nosotros estaba más capacitado que él para distinguir objetos a tales distancias. No perderíamos tiempo en volver al día siguiente al punto de observación.

Suspenderíamos el viaje de intercambio a la caverna del norte, para emprender una travesía hacia el estrecho de Atlater. Debíamos cruzarlo hasta desembarcar en el desconocido Continente de Libia y escalar las montañas para verificar qué era aquella "cosa blanca".



Dejamos a Abian y Ainenfrau al cuidado de la caverna y partimos esta vez desde las nacientes del Guadi-aro con las dos balsas, directamente hacia el sur.

Nos insumió solamente media jornada llegar al Mar de Lubarnea. Navegamos bordeando la costa de Euriopa hasta la gran peña que delimitaba la bahía.

Al llegar a ella, Etxekide dio un grito señalando las montañas que emergían a nuestra *eskuerra* cuyos perfiles aparentaban la imagen de una mujer acostada mirando al cielo, con los brazos sobre el pecho. En lo alto de las escarpadas paredes de roca gris, un diminuto punto blanco parecía titilar débilmente, como una estrella en el crepúsculo. Esta vez todos pudimos distinguirlo, aunque no resultaba evidente que se

tratara de una bandera atlanteana. Era asombroso que Etxekide hubiera sido capaz de avistar aquella cosa tan pequeña desde un sitio tan lejano.

Estimamos que la distancia entre ambos continentes sería de seis carreras. El mar era profundo, el oleaje moderado y una fuerte corriente empujaba hacia el este. En nuestras *txalupak* hubiera sido un trayecto sencillo, pero con las balsas no lo era. Al primer ensayo, el viento y las corrientes nos desviaron, y debimos regresar a la costa, para discutir un modo distinto de maniobrar las velas y los remos.

En un segundo intento, optamos por enrollar las velas y remar en dirección oblicua para contrarrestar el empuje de las corrientes. Con esfuerzo, logramos apartarnos de Euriopa e iniciar el cruce del estrecho.

A poco de hallarnos en aguas profundas tuvimos una grata sorpresa. Un grupo de delfines se acercó a las balsas, escoltando con sus graciosos saltos nuestro trabajoso avance. Recibimos su compañía con especial alegría. Hacía mucho tiempo que no veíamos delfines vivos. Eran una señal más del resurgimiento de la naturaleza tras el desastre y los aceptamos como guías en la fortuita misión de acceder a la costa de Libia.

Empezaba a oscurecer cuando nos aproximamos a una pequeña playa rodeada de barrancos rocosos. Atracamos las balsas en la arena y de inmediato recogimos leña para soportar el lacerante frío de la noche.



El amanecer vino empañado por lloviznas. En previsión, habíamos llevado las mantas untadas en grasa para calzar sobre nuestros hombros. Desayunamos galletas con una mínima porción de queso de cabra y emprendimos la marcha ascendente desde los pies de la "Mujer Durmiente" que llegaban al mar, hacia las alturas de sus pechos rocosos, donde develaríamos el misterio del gran paño blanco.

Al mediodía alcanzamos las rodillas, la cima más cercana del conjunto, y desde allí tuvimos anticipadamente la confirmación que buscábamos. Etxekide estaba en lo cierto. Aquello era una bandera atlanteana, o mejor dicho, los restos de ella. Una vela de *txalupa* rasgada al medio, suspendida en lo alto de un mástil.

Celebramos el hallazgo con emoción contenida, sabedores que ello no significaba forzosamente que encontraríamos a otros sobrevivientes. La imagen era sobrecogedora. Había una extraña belleza en aquella bandera mutilada, flameando sobre la aridez de la montaña.

Nos llevó buena parte de la tarde escalar hasta el lugar donde el mástil había sido erigido, un punto muy alto desde el que se dominaba un panorama extenso del Estrecho de Atlater y de las costas del sur de Euriopa.

La excitación nos desbordó cuando llegamos al pie de la bandera. El palo era indudablemente de una *txalupa*. Acariciamos el mástil con reverencia, con devoción, como si se tratara de un objeto sagrado.

No había modo de saber con exactitud desde cuándo se encontraba allí. Pero su presencia otorgaba reconfortantes certezas a lo que había sido nuestro anhelo durante tanto tiempo. Nuestra íntima, empecinada esperanza de que otros compañeros de expedición hubieran llegado a Libia previo al desastre.

Estarían vivos aún ? Una congoja intolerable me impedía considerar lo contrario. Seguramente estaban vivos. Debíamos hallarlos.

Fue entonces que nuevamente Etxekide notó algo que los demás no habíamos visto. En la parte inferior del mástil había inscripciones, pequeños dibujos toscamente tallados sobre la madera.

Era *eskritura*, palabras escritas en *esku-ara*, en nuestro idioma.

Tras el alborozo inicial nos invadió el nerviosismo. Aunque los cuatro teníamos conocimientos básicos, ninguno de nosotros era *Maisu* en Historia, como para descifrar los dibujos sin margen de confusión. Claramente había símbolos que representaban el número "seis". Barco seis ? Seguían una cantidad de marcas que nos costó reconocer. Luego venían unas indicaciones con el número trece y el número dieciséis. Y por último, una lista que Janequa leyó con dificultad.

— Aimar, Baraso, Edurne, Egoitz, Nora, Sutziake.

La conmoción de escuchar los nombres de nuestros amigos terminó de quebrar mi pretendida prudencia. De rodillas, me abracé a Janequa y ambas lloramos de alegría.



Nos insumió un rato hacer una copia de las marcas del mástil a un lienzo, para poder estudiarlas con mayor detenimiento. Era imperioso regresar a la playa porque en lo alto de la rocosa montaña no había vegetación alguna para encender fuego.

Antes de alejarnos de la bandera, deliberamos sobre el modo de dejar una señal de que habíamos estado allí. Tallar nuestros nombres fue lo primero que se nos ocurrió, pero nos insumiría bastante tiempo y sólo sería visible para alguien que se tomara el trabajo de escalar la montaña. Lo más sencillo era anudar una manta al mástil. Dejar una segunda tela sometida al viento, debajo de la vela rasgada.

Durante el descenso desde los pechos a los pies de la Mujer Durmiente, intercambiamos pocas palabras. Cada uno de nosotros hacía mentalmente su evaluación sobre lo sucedido. Era claro que los sobrevivientes del barco seis habían llegado hasta allí y se habían tomado el trabajo de escalar la montaña con el mástil a cuestas. Ellos habían querido colocar la bandera en un lugar tan alto para que fuera visible desde Euriopa.

Se habría rasgado la tela debido a las inclemencias del *negu* o ya estaba arruinada al ser izada en la montaña ? Se habrían destruido sus *txalupak* con el desastre ? Habrían construido balsas como nosotros o se habían trasladado a pie hasta aquel lugar ? No parecía haber referencias al barco siete en las inscripciones. Qué habría sido de Naga, Aremoga, Siso y los otros *Maisuak* ? Qué mensajes no habíamos podido descifrar en la *eskritura* ? En cualquier caso, dónde se encontraban nuestros amigos ahora ?

De regreso a la playa, nos aprontamos a pasar la noche. Reunidos en torno al fuego pusimos en común nuestras conjeturas.

— De una cosa estoy seguro, — tomó la palabra Etxekide — ellos tienen su refugio bastante lejos de aquí.

— Y cerca de la boca de un río.— Complementó Janequa interpretando la *eskritura*.

— Podrían haber dejado un mapa y nos simplificaban las cosas.— Se quejó Guaire.

— Cierto. Debe haber un motivo para ello.— Pensé en voz alta.

— El único motivo que se me ocurre, es que no lo hayan creído necesario.— Reflexionó Etxekide.

— No entiendo.— Objetó Guaire.

Etxekide volvió a estudiar el lienzo con la reproducción de las inscripciones.

— La razón para no dejar un mapa, — insistió — es que ... alcanza con esto.

Nos quedamos mirándolo, intrigados. Él parecía absorto en resolver un problema. Luego de un momento se relajó y en su rostro se dibujó una sonrisa de conformidad.

— Es obvio.— Dijo con aire triunfal.— Es tan obvio que no entiendo cómo no lo vimos de un principio.

Su actitud terminó de exasperarme.

— Por favor, Etxekide, puedes explicarnos ?

— Si el camino está trazado, no hay que dibujarlo, alcanza con indicar las distancias.

— Cómo ?

— Ellos saben que estamos en Euriopa.

— Sí.

— Y nos dejan una *eskritura* al pie de un mástil en Libia.

— Sí.

— Si llegamos a leer la inscripción, ellos saben una cosa muy importante de nosotros.

Tuve una intuición de adonde nos llevaba el razonamiento de Etxekide.

— Qué cosa ? — Preguntó Janequa perpleja.

— Puedo decirlo ? — Levanté la mano, riéndome.

Etxekide concedió con un gesto.

— Gracias, mi amor. Si fuimos capaces de leer la *eskritura*, es porque pudimos llegar aquí, y si pudimos llegar aquí, es porque tenemos embarcaciones. Es eso, verdad ?

— Exacto, Itahisa.

— Y si tenemos embarcaciones ...— quiso seguir Guaire.

— Tenemos un camino marcado. Que no es por tierra, sino por mar: la costa de Libia.

— Alcanza entonces con dar las distancias.

— Correcto !

Nos abalanzamos sobre el lienzo a revisar las anotaciones que no habíamos comprendido. Las palabras estaban incompletas, pero discutimos su interpretación hasta llegar a un acuerdo.

Las indicaciones decían: "dirección oeste", "puntas", "trece carreras", "dirección sur", "playa", "dieciséis carreras", "boca de río".

La conclusión era sencilla pero nos enfrentaba a un nuevo dilema. Las dos distancias sumaban veintinueve carreras. Un trayecto imposible de hacer con las balsas en una sola jornada. Por lo menos nos implicaría dos días. Y si nos proponíamos navegar durante dos jornadas siguiendo la costa de Libia, nos alejaríamos de Euriopa y consumiríamos todo el alimento que llevábamos. De no encontrar un río, nos quedaríamos también sin agua. A todo esto, habíamos dejado a Abian y Ainenfrau solos en la caverna, esperando nuestro pronto regreso.

Debimos resignarnos a que lo más sensato era regresar a la caverna. Donde podríamos aprovisionar las balsas para emprender de inmediato otro viaje de mayor duración.

Por las costas de Libia hacia el sur. Hasta la boca de un río.



Grande fue nuestra sorpresa al llegar a la caverna y encontrar que Abian y Ainenfrau no estaban solos.

La balsa de la Grosejule había arribado el día anterior, tripulada por Atabar, Iulen y Galder. Abian los había puesto al tanto de nuestro viaje al Lubarnea y les había dado alojamiento en la cámara superior.

La balsa no había venido con su carga completa. El motivo del viaje era invitarnos a realizar una celebración conjunta de la Fiesta de Ama, el inicio del año, para lo que faltaban pocos días.

Pero nuestra prioridad era otra en ese momento. Estábamos decididos a ir a Libia en busca de los sobrevivientes del barco seis. Los visitantes escucharon asombrados nuestros relatos sobre el descubrimiento de la bandera en las montañas del continente del sur y sobre nuestra interpretación de las inscripciones en el mástil.

Dejando de lado mi antipatía por Iulen, una mujer que me resultaba aviesa e intratable, me dispuse a otorgarle su lugar como *Maisu* en Historia, para que hiciera su lectura del lienzo. Ella se apartó a la proximidad de una lámpara y lo estudió con gesto de concentración.

Iulen y Galder eran *hamazortzi* de Islas Castigadas e incondicionales seguidores de Txanona. No habían iniciado la expedición como pareja, sino que ambos habían perdido a sus compañeros. La compañera de Galder, Ixemad, fallecida a pocos días del desastre, había sido la *maisú* en Astronomía del barco ocho y la principal referente de Txanona en el momento de la ocupación de la Grosejule. Mientras que el compañero de Iulen, un muchacho llamado Eneko, había muerto poco antes de nuestra llegada a la caverna del norte. Desde entonces, Iulen y Galder eran muy unidos, compartiendo un fuerte vínculo con Teno y con Txanona.

Luego de un rato, Iulen pareció darse por satisfecha y se dirigió a nosotros, que aguardábamos expectantes.

— Hay cosas que no entiendo, pero ...

— Léenos, Iulen, por favor.— Reclamó Galder.

Ella volvió al lienzo, con expresión seria.

— "Por la gracia Divina, los seis del barco seis, hemos sido recibidos por los" ... acá parece decir "hombres".

— Hemos sido recibidos por los hombres ?

— Eso es lo que dice.— Se disculpó Iulen con una mueca de confusión.

— Continúa.

— "En la aldea del río de los bosques, donde ... fuimos abandonados por ... los Dioses ... que hayan protegido"

— Eso no tiene mucho sentido.— Comentó Etxekide, interpretando lo que todos pensábamos.

— Lo sé.— Admitió la *eskriba*.

Lo que venía a continuación eran las indicaciones del trayecto, las que habíamos logrado interpretar correctamente la noche anterior.

Iulen terminó de leer la lista de nombres y nos dio su dictamen al respecto.

— Cuando se pone una lista de nombres al final de una *eskritura*, significa que esas personas son las que comunican el mensaje. Se dice que son los firmantes.

— Eso quiere decir ... que los seis firmantes ... estaban vivos al momento que el mástil fue tallado ?

— Correcto. Creo que de eso podemos estar seguros, Etxekide. Lo que no sabemos con certeza es cuánto tiempo hace que el mástil fue tallado.

— Y qué significa esa frase del principio ? — Se preguntó Janequa.

— Yo diría, — disertó Iulen — que ellos nos han querido transmitir su peripecia de una forma muy abreviada. Por lo que recuerdo, la única *eskriba* del barco seis era Nora, la *hamazortzi* de Hiru, compañera de Egoitz. Cabe la posibilidad que ella, en el apuro, haya omitido alguna palabra y probablemente nadie haya sido capaz de advertirlo. O bien, que se haya introducido algún error ayer cuando ustedes copiaron la *eskritura* a este lienzo.

El tono pedante de Iulen me resultó fastidioso. Sutilmente nos adjudicaba no haber sido cuidadosos al reproducir los dibujos.

— Estoy seguro de que la copia es fiel.— Se defendió Guaire.

Iulen se encogió de hombros, restando gravedad al asunto.

— Ya lo sabremos. En cualquier caso, lo importante es que ellos han logrado comunicarse con nosotros. Y que nos han proporcionado un rastro para hallarlos.

— Partiremos mañana mismo.— Afirmé con determinación.

Janequa apoyó mi decisión de inmediato.

— Necesitamos *txarki*, aceite y agua para diez días.

Guaire expresó su duda de que contáramos con suficiente *txarki*, pero sugirió una solución.

— Podemos pescar y cosechar mejillones en el viaje.

Iulen optó por no intervenir en nuestros preparativos.

— Nosotros partiremos también en la mañana, a transmitir la noticia a los demás.

Me dirigí a Abian con ternura, simulando preocupación.

— Volverás a quedarte solo con Ainenfrau.

— No sabes qué problema que me hago.— Respondió el gigante con inusual ironía.



El viaje estuvo plagado de inconvenientes.

Las nacientes del Guadi-aro habían adquirido una fuerza inusitada debido al derretimiento de las nieves y las copiosas lluvias de días anteriores. Fue dificultoso controlar la velocidad de las balsas en el descenso y a poco de partir sufrimos el primer accidente. La embarcación de Guaire y Janequa golpeó contra una roca apenas sumergida, dislocando los amarres de los troncos, haciendo que varias ánforas cayeran al agua. Debimos detenernos para realizar las reparaciones, lo que nos implicó media jornada.

Ya estaba oscuro cuando desembocamos en el Lubarnea. Atracamos en la playa más cercana para sobrellevar la helada noche.

En la madrugada, notamos con consternación que el mar se hallaba mucho más agitado que tres días atrás. Olas de hasta tres pasos de altura se veían en todas direcciones, haciendo inviable el cruce del estrecho con nuestras limitadas embarcaciones. Sabiendo de la dificultades que habíamos tenido con mar calmo, no pudimos hacer otra cosa que contener la ansiedad y permanecer en la playa durante toda la jornada.

Al día siguiente, pese a que el oleaje continuaba siendo fuerte, nos aprontamos para intentarlo. El viento soplaba desde el noroeste, de modo que navegamos solamente con los remos a mínima distancia de la playa, por la costa de Euriopa hasta el gran peñón, luego cruzamos la bahía relativamente calma, para continuar yendo en dirección contraria al viento hasta el mediodía.

Nos restaba media jornada para intentar el cruce, utilizando ahora a nuestro favor el viento por sobre las olas de dos pasos de altura. Nos preparamos como si estuviéramos

por enfrentar una tormenta. Amarramos ánforas y canastos a los mástiles, y también nos sujetamos de la cintura con sogas de *espartzu*, en prevención de posibles caídas al mar.

Apenas desenrollamos las velas, las balsas comenzaron a brincar peligrosamente, crujiendo en cada ondulación. Rápidamente estábamos en mar profundo, navegando a una velocidad poco creíble hacia la costa de Libia. Si aplicábamos todo nuestro esfuerzo a sujetar la vela, se nos hacía imposible corregir la dirección con los remos, de modo que viajamos a los tumbos, en una trayectoria no muy recta, hacia un lugar poco previsible. Afortunadamente el trayecto fue breve. Nos habíamos desviado una carrera al este de la Mujer Durmiente, pero pudimos acercarnos a una playa de guijarros grises, en la que desembarcamos, extenuados por el desgaste físico que la corta travesía había insumido.

La mañana siguiente debimos destinarla a reforzar las junturas de las balsas, que habían sufrido el zarandeo del día anterior. Recién por la tarde retomamos el cabotaje en dirección oeste, a escasa distancia de la costa de altos barrancos.

Al atardecer dejamos atrás una bahía con su playa y nos encontramos ya próximos al inicio del Atlater. Resolvimos continuar en búsqueda de la siguiente playa. Pero empezaba a oscurecer y se sucedían los acantilados y las puntas rocosas. De no encontrar un punto para desembarcar estaríamos obligados a regresar.

Vimos la puesta del sol sobre el mar de Atlantis al tiempo que la costa cambiaba bruscamente de dirección y, siguiéndola, viramos hacia el sur. Afortunadamente al poco tiempo llegamos a una playa, donde atracamos las balsas con las últimas luces del crepúsculo.

Llevábamos cuatro jornadas enteras de viaje y habíamos avanzado muy poco.

La costa de Libia sobre el Mar de Atlantis era una playa sumamente recta de norte a sur. Esta vez no hubo contratiempos, el viento empujó las velas de *espartzu* a buena velocidad durante toda la mañana.

No nos llamó la atención la presencia de cantidad de esqueletos de ballenas diseminados por la playa. Lo que sí nos resultó sorprendente fue notar varios rebaños de ovejas, pastando en los llanos aledaños, sin pastores que los cuidaran. En las cercanías de pequeñas cañadas que desembocaban en la arena había numerosa variedad de aves. En una zona de dunas avistamos unos animales de gran porte parecidos a llamas, luciendo extrañas jorobas en sus lomos.

Aunque la vegetación era escasa, daba la impresión que aquel tramo de la costa de Libia no había sufrido el desastre del mismo modo que la de Euriopa.



Pasado el mediodía llegamos a la boca del gran río.

La distancia recorrida coincidía con las indicaciones que habíamos hallado talladas en el mástil. Con gran excitación, nos internamos en el ancho cauce, buscando cualquier señal que anunciara la presencia de nuestros compañeros, pero sólo encontramos dunas y gran número de aves. Avanzamos unos campos más. Colinas y ovejas. Un recodo del río. Más colinas y más ovejas. Llanuras onduladas y una cadena de montañas en el horizonte, al este.

Comenzamos a desanimarnos. Tras ascender varios codos del río, no habíamos encontrado una sola persona. Estaríamos en el lugar correcto ? Nos detuvimos a revisar una vez más el lienzo que ya conocíamos de memoria.

Luego de "boca de río" venía la lista de firmantes. Ninguna estimación adicional de distancia. Dónde estaba la aldea ? Si, como suponíamos, se hallaba a la vera de aquel río, cómo se explicaba que no la hubiéramos visto ? "En la aldea del río de los bosques" decía el confuso texto. Cuáles bosques ? No había bosque alguno frente a nuestros ojos, solamente arbustos dispersos.

Tras remontar el río doblando incontables codos, llegamos a un extenso remanso, un lago entre colinas de mediana altura. La sospecha de que habíamos comprendido mal la *eskritura* devino en certeza. Ni una mínima columna de humo era visible en el vasto alcance del lago.

Desalentados, desembarcamos para prepararnos a pasar la noche.



Aprovechamos las últimas luces del día recolectando ramas para encender el fuego.

Aunque contábamos con *txarki* para varios días, Guaire se dispuso a pescar en la orilla del lago, mientras Janequa ayudaba a Etxekide a improvisar un rústico refugio con mantas y telas de *espartzu*.

Me había alejado en busca de leña cuando escuché un sonido. Algo parecido a un chiflido, que podía haber sido producido por una serpiente. Quedé rígida, atendiendo a mi alrededor con una extraña sensación de alarma. Oí entonces otro chiflido, esta vez a mi *eskuerra*. Dudé si llamar a Etxekide. No podía asustarme de un lagarto. Atiné a dar unos pasos, escudriñando las rocas y arbustos que podían servir de escondite al invisible reptil.

Cuando giré para regresar, él se apareció en mi camino.

Era un hombre. Aunque no se parecía a ningún hombre que yo hubiera visto en mis diecinueve años de vida.

De gran altura y formidables músculos, con un taparrabos como única vestimenta. Portaba una lanza en su mano. Sonreía. Su hermosa dentadura contrastaba con la negrura de su rostro. Sus labios, sus cabellos, sus ojos y toda la piel que cubría su magnífico cuerpo, eran completamente negros.

Quedé paralizada, atónita ante aquella aparición.

— Berjaba m-bra, letjabu.— Me dijo en tono amable.

Me llevó un instante responder.

— Hola, soy Itahisa.

Él me inspeccionó con expresión divertida. Extendió su fuerte mano negra para saludarme.

— Duzumi. Txitxó.— Afirmó con una sutil reverencia, estrujando mi mano con la suya.

No pude apartar la vista de aquellos labios gruesos. El olor de la transpiración reciente llegó hasta mí, evocándome una mezcla de aserrín y grasa fresca de cerdo.

Entendí recomendable que mis amigos acudieran. Los llamé a gritos por sus nombres, en tanto el hombre de piel oscura emitía raros silbidos con su boca. Repentinamente otros hombres, tan grandes y tan negros, emergieron de atrás de otras piedras y me rodearon. Guaire, Janequa y Etxekide llegaron corriendo, alarmados ante la situación.

Los nativos de Libia no estaban asombrados como nosotros. Parecían contentos, serenos y completamente seguros. Ellos eran cinco, nosotros cuatro.

— Seiestxu blaste corjem.— Anunció el que se había presentado como Txitxó, volviendo a tomar mi mano y señalando al norte.

— Creo que quieren que vayamos con ellos.— Interpretó Etxekide.

— No vamos a oponernos, verdad ? — Bromeó Janequa, procurando distender el nerviosismo.

— Y nuestras cosas ? y las balsas ? — Protestó Guaire.

Tuvimos un momento de angustia. Abandonar las balsas y los equipajes podía implicar no poder regresar a Euriopa. Leyendo nuestra desesperación, el líder de los nativos pronunció una palabra que cambió bruscamente nuestro ánimo.

— Dostekob, Atlantika.

— Atlantika ? — Coreamos incrédulos.

— Baramen, dostekob, Atlantika.— Insistió Txitxó.

— Acaso ... conocen ustedes a nuestros amigos ? Nora, Edurne, Baraso, Aimar, Egoitz, Sutziake ?

Los hombres de Libia mostraron sus sonrisas blancas, en notable contraste con sus rostros renegridos.

— Baramen, Dostekob, Baraso, Aimar, Edurne, Egoitz, Sutziake, Nora.— Repitieron como si se tratara de algo muy gracioso.

Cruzamos miradas para cerciorarnos mutuamente. Me hice cargo de las expresiones de incertidumbre y ansiedad. La posibilidad de que aquellos hombres pudieran guiarnos al reencuentro con nuestros amigos terminó imponiéndose sobre el riesgo de abandonar las balsas, los equipajes y las reservas de alimentos.

Volví a tomar la mano del fornido hombre negro para que él nos enseñara el camino.



Ascendimos una colina y luego otra, apartándonos del lago. Se hacía la noche. Los nativos avanzaban con una agilidad desconcertante por el terreno escabroso. Nos resultaba difícil seguir su marcha.

Al llegar a una cima, Txitxó dijo unas palabras señalando un raleado bosque. Sería la aldea ? Estaba oscuro como para divisar humo de fogatas.

Entonces los nativos apuraron aun más el paso. Caminaban en grandes zancadas y debíamos correr para seguirles el tranco. De pronto, fueron ellos quienes empezaron a correr y nos resultó imposible alcanzarlos.

Estábamos cansados y hambrientos. Y repentinamente solos en un recóndito valle de un continente desconocido. Sin poder hacer otra cosa que continuar caminando en la oscuridad, en dirección al bosque en el que nuestros guías habían desaparecido.

Al acercarnos, vimos antorchas. Venían hacia nosotros. Varias personas corrían a nuestro encuentro. A la luz de los resplandores procuramos entender lo que ocurría, adivinar sus rostros.

Aquellos rostros no eran negros.

Mi pecho se agitó como golpeado por varios martillos. Etxekide gritó. Ellos gritaron. Janequa comenzó a llorar y Guaire a reír como enloquecido.

El que encabezaba la carrera vino directo hacia mí y arrojando la antorcha al piso, me elevó en sus brazos, besándome y repitiendo mi nombre. Era Baraso.

Acaricé sus mejillas como si fuera un bebé recién nacido, enmudecida por la conmoción. Cuando el grandote me dejó en el piso, reconocí a Sutziake en el entrevero de exaltados saludos.

Ella también me vio. Nos abrazamos, nos besamos y lloramos nuestra alegría, hasta que perdimos el equilibrio y caímos.

Rodamos por el suelo en un interminable abrazo, diciéndonos entre sollozos lo mucho que nos queríamos, lo mucho que nos habíamos extrañado.



La aldea era un conjunto de chozas circulares, hechas con ramas, en un claro del bosque. En el centro había algo similar a un galpón, también fabricado con ramas y hojas. En la entrada de cada una de las construcciones había antorchas encendidas, sobre estacas clavadas en el piso. Próximo al galpón ardía el fuego, en el que se cocinaba un cordero.

Una veintena de hombres, mujeres y niños de piel oscura, nos saludaron alegremente al llegar, como si fuéramos invitados esperados por largo tiempo. Por debajo de las pieles de oveja que usaban de abrigo, las mujeres vestían una falda pequeña hecha con fibras vegetales. Llevaban los negrísimos cabellos trenzados, sujetos con coloridos accesorios.

Dos jóvenes golpeaban grandes tambores, usando un palo en una de las manos.



Tal como habíamos supuesto, los barcos seis y siete habían enfrentado grandes dificultades para sostener la dirección sureste. Los fuertes vientos de los últimos días de la tormenta los habían desviado hacia el sur, hacia el continente de Libia, cuando creían estar llegando a Euriopa. La tormenta también había averiado el barco seis, vulnerando su capacidad de flotación, al igual que había ocurrido con nuestra *txalupa*.

Sutziake está tan hermosa como siempre. Luce bellísima con sus trenzas adornadas al estilo de las nativas de Libia. No parece haber adelgazado. Los pechos y las caderas conservan las curvas que siempre la hicieron una mujer atractiva. Pero lo que más me gusta de ella es su encantadora risa. La carcajada fresca que estalla ante cualquier suspicacia o tontería, con la que casi disimula su extraordinaria inteligencia. Qué feliz se ve sentada en la falda de Etxekide ! Qué lindo verlos juntos nuevamente, abrazados, besándose, como cuando estábamos en Sexta ! Etxekide debe haber echado de menos a Sutziake, su hermana adoptiva, amiga y amante, tanto o más que yo.

Los *maisuak* del barco siete, rápidamente habían admitido que el río en el que habían desembarcado no coincidía con el fijado como lugar de encuentro. Pero el barco seis no estaba en condiciones de reiniciar la navegación. De modo que habían resuelto dejar a los *hamazortzi* esperando en tierra, e ir ellos a Euriopa en búsqueda del resto de la expedición.

Baraso parece otra persona. Dónde quedó aquel muchachote poco sociable y tosco en su forma de hablar ? El grandote aparenta más maduro, reflexivo y hasta suelto para intervenir en cualquier conversación. El cabello largo y la barba le quedan bien, le dan un aire de hombre mayor. Ni me imagino lo demandado que sería si estuviéramos en la colina.

Naga, Siso, la embarazada Aremoga y los otros tres *maisuak* habían partido hacia el norte cuatro días antes del desastre. Y nunca habían regresado. Nuestros amigos siempre habían supuesto que los *maisuak* del barco siete estarían en Euriopa con nosotros.

A Aimar parece haberle sucedido lo contrario a Baraso. Lo conozco desde que éramos niños. En Bosteko, la *etxea* de su madre distaba cinco campos de la mía. De pequeño era un chico travieso, atrevido, aficionado a los juegos de pelota. Al reencontrarnos en Lehen durante el entrenamiento, me impresionó su actitud tranquila, casi tímida. Y ahora ni habla. Sólo confirma con gestos lo que cuentan los demás, siempre pendiente de su compañera Edurne. Es curioso.

Antes de irse, los *maisuak* les habían dado la consigna de remontar el río y buscar refugio en las lejanas montañas. La misma directiva que Tinabuna nos había dado al iniciar la exploración del Tartessos. Pese a que la *txalupa* estaba dañada, los seis habían podido realizar el ascenso hasta llegar al mismo lago en el que nosotros habíamos desembarcado esa tarde. Allí habían tomado contacto con los hombres de los bosques. O mejor dicho, los nativos los habían descubierto a ellos.

Edurne es simpática, sin ser bonita. Delgada, de cabello lacio llovido y un cerquillo que no la ayuda. Le encanta hablar y lo hace con gracia. Pone cara de pilla al relatar el primer encuentro con los nativos, increíblemente similar al que nosotros habíamos tenido un rato antes. Tengo que hablar con Sutziake en privado acerca de los nativos.

Los hombres de los bosques habitan este valle desde hace ciclos. Conocen cada roca y cada arbusto de los llanos y colinas adyacentes, y ninguna presencia en el río les resulta inadvertida. Poseen la insólita habilidad de seguir por tierra el recorrido del río, a la misma velocidad que una embarcación remontando el sinuoso cauce, sin ser vistos. Eso explicaba el misterio de por qué no habían entendido necesario darnos más indicaciones en la *eskritura* del mástil. Porque en caso de que fuéramos capaces de

acceder al río, los hombres de los bosques nos detectarían y seguirían nuestros movimientos, como efectivamente había ocurrido.

Egoitz tiene un físico estupendo. Admito que es agradable aunque nunca llamó mi atención. Durante la travesía conocimos sus dotes de excelente nadador. Es fácil imaginarlo saltando de lo alto de los barrancos de Hiru, su ciudad natal, y nadando hasta la playa. No da muestras de ser muy sagaz, pero quizás lo he prejuzgado.

Nuestros amigos habían sido recibidos por aquella comunidad de nativos, quienes se habían comportado en extremo hospitalarios. Los habían tratado como iguales. Dos días antes del desastre, la astrónoma Nora, la compañera de Egoitz, había logrado convencer a la tribu de trasladarse a las montañas. Nora había sido muy persuasiva anunciando la caída de la estrella viajante y sus imprevisibles consecuencias.

Nora quizás tenga el defecto de ser algo presumida. No me cae bien, pero debo aceptar que es brillante. Pocas mujeres han completado las *maisutzak* en Astronomía y en Historia a los dieciocho años. La *eskriba* y astrónoma logra ser seductora sin poseer una belleza destacable. Etxekide me ha hablado de ella con admiración. Y sospecho que ella tiene apreciación recíproca por mi compañero.

Por lo que, el día previo al desastre, habían marchado unas siete carreras hacia el noreste, siguiendo el río hasta sus nacientes en lo alto de las montañas, donde habían encontrado una gruta como eficaz refugio ante los temblores y el aire quemante de la noche de la catástrofe. Los días posteriores habían podido soportar el calor sumergiéndose en las frescas corrientes del arroyo, que fueron entibiándose pero nunca al extremo de secarse.

Respetable es el tamaño de Txitxó, quien parece ejercer el liderazgo en esta aldea. Todavía no logro discernir lo que me provocan esos labios. Son a la vez groseros y atractivos. La nariz también es ancha aunque no tanto como la de los hombres del hielo. Pero lo que más me impresiona de Txitxó son los músculos de sus brazos y piernas. Los de Baraso lucen pequeños en comparación. Txitxó no será tan alto como Abian, pero sin dudas es más amplio de espaldas. Me gustaría verlos uno al lado del otro.

En las montañas habían permanecido durante los días de sequía, ignorantes de lo sucedido a escasa distancia, al oeste. Recién habían tomado conocimiento de los estragos que el mar había causado en su imponente avance sobre el continente al proponerse regresar al bosque, con el inicio de las lluvias.

En la aldea hay tres ancianos, cuyos cabellos canosos resaltan de modo singular en las cabezas renegridas. Impresionan los pechos de la anciana, aplanados, desinflados, apenas visibles bajo la piel de oveja que cuelga de su hombro. Las jóvenes nativas, por el contrario, muestran sus lindos pechos oscuros sin recato, con portentoso orgullo. Las mujeres son notoriamente más pequeñas que los hombres. Resulta pintoresco el contraste entre la femineidad de ellas y la masculinidad de ellos.

Desde aquel terrible momento, los hombres de los bosques habían tomado conciencia que de no seguir la recomendación de Nora, estarían muertos. Varias aldeas de pastores de las orillas del río habían sido arrasadas por las olas gigantes. El aprecio de los nativos hacia nuestros amigos había resultado forjado por aquella circunstancia. Se

sentían felices, incondicionalmente agradecidos por el milagro de haber sobrevivido, que atribuían a la sabiduría excelsa de sus huéspedes atlanteanos.



Sutziake, Baraso, Egoitz, Edurne, Nora y Aimar, escucharon con atención los relatos sobre nuestras vivencias, sentados alrededor del fuego, expresando con frecuentes gestos de cariño su regocijo por nuestra presencia.

Se horrorizaron de la descripción del avance del mar hasta el pie de la montaña. Se apenaron con nuestro testimonio de la agonía de Nira. Rieron a carcajadas cuando recordamos la extraña aparición de Ainenfrau. Aplaudieron asombrados la narración de los enfrentamientos con los lobos. Y se emocionaron cuando contamos el reencuentro con los sobrevivientes de la Grosejule.

Hasta avanzada la noche continuamos contrastando nuestras peripecias. Sus experiencias habían sido tan distintas a las nuestras, que ni ellos ni nosotros podíamos dejar de sorprendernos.

No habían sufrido sed ni enfermedades importantes. No habían tenido que enfrentar animales hambrientos ni nativos violentos. Su relación con los hombres de Libia había sido inmejorable. No habían estado cerca de los incendios. Aunque habían sufrido el frío y la nieve, ello no los había forzado a encierros de larga duración. Tampoco les había escaseado el alimento al extremo de padecer hambre.

Por estos motivos, asumiendo que nuestra experiencia había sido similar a la suya, ellos siempre habían confiado en que estaríamos vivos.

Su *txalupa* había sido arrastrada por la ola marina a gran distancia de donde la habían dejado. Solamente habían podido rescatar el mástil de repuesto y algunas herramientas. Como nosotros, se habían empeñado en construir una balsa apta para navegar por el río y transitar por el mar a pocos pasos de la playa. Pero no habían podido cruzar el Estrecho con ella. Aunque de haberlo logrado, no sabían dónde buscarnos.

Por ello, habían tomado la opción de trasladar el mástil con la vela rasgada a lo alto de la Mujer Durmiente. Habían erigido la bandera a fines del *neguberrri*, sesenta más treinta días atrás.

Nora aseguraba haber escrito "hemos sido recibidos por los hombres de los bosques, en la aldea del río" y tomó con sorna nuestras protestas por lo confuso del texto, negando haberse equivocado al tallar las palabras sobre la madera. Por nuestra parte, tampoco admitimos el error y la discusión derivó en una sucesión de bromas, quitando importancia al malentendido.

Puesto que, en definitiva, el mensaje había cumplido su cometido.

Allí estábamos reunidos, viéndonos las caras, riéndonos de las tragedias vividas y avizorando un posible encuentro de las tres comunidades.

De los cuarenta y ocho expedicionarios que habíamos partido de Islas Castigadas, al menos veintidós estábamos vivos. Siete habían cruzado la Puerta. De los diecinueve restantes, once *maisyak* y ocho *hamazortzi*, nada sabíamos.

Aunque fuera incierto hallarlos con vida, el suceso de habernos reencontrado alentaba un hilo de esperanza.



Al día siguiente, después de desayunar, fuimos hasta el lago donde habíamos desembarcado. Les mostramos a nuestros amigos nuestras balsas y ellos nos llevaron a donde tenían la suya.

Estuvimos evaluando la posibilidad de viajar todos a nuestra caverna para celebrar juntos la fiesta de Ama, el inicio del nuevo año.

Nuestras embarcaciones se comportarían bien con cuatro tripulantes, pero difícilmente soportarían el peso de cinco, más los equipajes. Si nos proponíamos viajar todos en ellas, debíamos hacer previamente unos ensayos de navegación con cinco personas a bordo.

Otra opción era utilizar la tercera balsa, en la que Egoitz, Baraso y Txitxó habían viajado hasta los pies de la Mujer Durmiente, cargando el mástil. Era más pequeña que las nuestras y carecía de la separación entre troncos, lo que la hacía menos maniobrable en mar agitado.

Etxekide hizo un bosquejo para explicarle a los sobrevivientes de Libia la ubicación de las cavernas de Euriopa.



Cuando los nativos supieron lo que estábamos planeando, insistieron en que uno de ellos viajara con nosotros. A nuestros amigos les agradó la idea y nosotros no pudimos objetarlo. De modo que seríamos once en total. Al sumarse Txitxó a la expedición, terminaba de ser inviable ir en dos balsas.

Descartada la chance de construir una nueva embarcación por escasez de tablas, sólo quedaba arriesgarnos a cruzar el Estrecho con las tres balsas disponibles.

Faltaban cuatro días para la Fiesta de Ama, cuando iniciamos el descenso del sinuoso río que los nativos llamaban "Lukus".



Era una mañana espléndida, apenas fresca y totalmente despejada. La visibilidad excelente, el mar calmo, y la brisa del suroeste, sumamente favorable.

Durante la tarde seguimos la costa de Libia en dirección norte hasta desembarcar en la última de las playas sobre el Mar de Atlantis, próxima al inicio del Atlater, el portal que daba paso al Mar de Lubarnea.

Esa noche fue fría, pero no al extremo de impedirnos hacer un paseo nocturno.

Por primera vez pude hacerme un tiempo para estar a solas con Sutziake. Bajo el firmamento estrellado salimos a caminar por la playa.

Sutziake me contó de sus angustias vividas y yo le hablé de las mías. De cómo ella había interpelado a Nora sobre la caída de la estrella viajante. De cómo cada una habíamos transitado la dolorosa aceptación de las consecuencias del desastre.

Yo le conté de mis sueños. De los extraños mensajes que mi madre Atissa, la Alta Sacerdotisa Anixua y mi amante Zebensui, iluminados en su Gloria, me habían transmitido. Hablamos del modo en que habíamos sobrellevado el duelo por la terrible suerte de nuestras familias y *klanak* de adopción.

Y de cómo, increíblemente, habíamos quedado al margen de la aniquilación de nuestro mundo conocido. Y ahora nos hallábamos en otro, en dos continentes extraños separados por un estrecho. Tres comunidades de sobrevivientes, alejadas unas de otras, con realidades y experiencias bien distintas.

Sutziake escuchó mis relatos sobre las desavenencias con la comunidad de la caverna del norte. Se asombró con los detalles de la rípida discusión sostenida con Txanona. Atendió la narración de las sucesivas propuestas de las emisarias, las que yo me había empeñado en rechazar. Le causó gracia mi enojo ante la idea de nominar una sacerdotisa y aparentó preocupación ante mi desconfianza de que Ainenfrau fuera aceptada como "vecina" por los sobrevivientes del norte.

Cuando hube terminado se hizo un largo silencio. Las olas se disolvían en un rumor sereno, arrastrando las espumas iluminadas por las noctilucas.

— Parecería que tenemos un problema, querida Itahisa.

— Me gustaría conocer tu opinión, querida Sutziake.

— Quieres saber mi opinión ? Es simple. Opino que hay una sola persona que puede resolver este embrollo.

— Quién ?

— Tú misma, puesto que eres la parte principal del problema.

— Qué quieres decir ?

— Que estás en el medio.

— En el medio ?

— Sí. Estamos nosotros, los de Libia. Están los del norte. Y ustedes en el medio. La solución al problema está en el medio. Tú puedes hallarla.

— No entiendo, Sutziake, si yo fuera el problema, sería sencillo.

— Yo no dije eso.

— No me estás ayudando, querida.

Sutziake lanzó una carcajada, divertida ante mi contrariedad.

— Recuerdas cuando éramos *hamabineskak* ? Cuando me viniste con el problema de Hagora y Baraso ?

Aquella conversación en los jardines de la *Eskuela* apareció nítida en mi memoria.

— Me acuerdo que te arrojé una sandalia por la cabeza.

— Juaá, y pude esquivarla.

— Eres buena esquivando las cosas.

— Es cierto. En cambio, tú eres buena enfrentándolas. Recuerdas lo que te dije aquella vez ?

— No. Serías tan gentil de recordármelo ?

— Sí, soy muy gentil. Aquella vez te hice una pregunta. Y ahora te la vuelvo a hacer.

—Cuál ?

— Qué quieres hacer tú, Itahisa ?

Me costó comprender el alcance de la pregunta de Sutziake. Qué quería decirme ? Había tanta distancia entre aquel lejano, casi ridículo dilema de los doce años, hasta éste del presente. Qué podría hacer yo ? Acaso estaba en mis manos cambiar el carácter de Txanona ?

— Si es que eres tan perspicaz, mi querida amiga, para intuir lo que yo quiero hacer, podrías decírmelo ?

Sutziake se tomó la cabeza con ambas manos, simulando fastidio.

— Debo explicarte todo ? Veamos. La *Maisu* en Medicina de la caverna del norte, la amiga Xitama, está dispuesta a no proporcionar la infusión. La *Maisu* en Medicina de la aldea de Libia, con quien tienes el gusto de estar hablando, está dispuesta a proporcionarla y también a no hacerlo. Quién establece el criterio ? Respuesta: La *Maisu* en Medicina del medio, con quien tengo el gusto de estar hablando.

— Estás diciendo que ... harás lo que yo diga ?

— No, Itahisa. Deberás convencerme si pretendes que haga algo a disgusto. Pero es posible que me convenzas si eso nos lleva a una solución sensata de convivencia. Lo que quiero decirte, es que si tú y yo acordamos algo, lo que Txanona haga o deje de hacer, pierde relevancia. Ellos son once. Nosotros somos once.

— Por fin dices algo comprensible, querida amiga.

— Gracias. Estoy asumiendo que no irás a pedirnos a nosotras, a Nora, a Edurne y a mí, que suspendamos los placenteros encuentros con los hombres de los bosques.

— No te preocupes por eso.— Acepté riéndome.

— No me preocupo. Jamás lograrías convencernos.

— Son tan buenos amantes los nativos de este continente ?

— Ni te imaginas, Itahisa. Son ... maravillosos.



La brisa continuaba soplando fuerte del suroeste la mañana siguiente. En la entrada del Estrecho de Atlater el oleaje se veía moderado, no demasiado peligroso para afrontar el cruce.

A poco de adentrarnos en aguas profundas, empezamos a tener problemas. Las balsas de doble casco adquirieron una velocidad mayor a la balsa simple en la que iban Baraso, Txitxó y Egoitz.

Rápidamente los dejamos atrás y debimos recoger las velas para que ellos pudieran alcanzarnos. Nos propusimos entonces remolcarlos con una sogá.

Ello trajo otros inconvenientes. La balsa tripulada por Guaire, Janequa, Nora y Aimar, pasó a ser más rápida por no tener peso de arrastre. Pero lo preocupante fue que los troncos remolcados empezaron a desarmarse por efecto de los sacudones de las olas. Debimos volver a detenernos a mitad del cruce para hallar una solución.

Egoitz propuso una medida drástica. Terminar de desarticular la balsa simple, reduciéndola a tres pares de troncos, los que serían más sencillos de remolcar. Sobre cada par de troncos, viajaría uno de ellos. Tras un momento de deliberaciones, nos decidimos a seguir su recomendación.

Cuando intentamos retomar el avance, advertimos un nuevo inconveniente. Los troncos acoplados se aproximaban peligrosamente uno a otro, con gran riesgo de chocar o lastimar a sus ocupantes. Por tercera vez fue necesario detenernos.

Resolvimos entonces descartar uno de los pares de troncos, invitando a Egoitz a subirse a nuestra balsa. Observamos por un rato el efecto del sobrepeso antes de volver a desplegar la vela de *espartzu*. En cuanto empezamos a movernos, notamos que los equipajes corrían peligro de ser barridos por las olas.

Llevábamos toda la mañana lidiando con las dificultades y estábamos todavía a una carrera del continente de Euriopa.

Fue entonces que Egoitz decidió lanzarse al mar. Quitándose la ropa sin previo aviso, se arrojó a las frías aguas y comenzó a nadar a buen ritmo hacia la costa, haciendo caso omiso a nuestros gritos y ruegos para que regresara. De modo que fuimos tras él e intentamos navegar a su *eskuona*, impulsándonos con los remos en vez de la vela.

Lentamente avanzamos unos campos, hasta que Baraso, que venía en los troncos remolcados, atrapó uno de los brazos del nadador y nos gritó que volviéramos a soltar la vela. Por más que Egoitz intentó liberarse y seguir nadando, el grandote no se lo permitió.

Así completamos el cruce. Con dos de las tres balsas iniciales, cada una arrastrando un par de troncos acoplados, con Baraso y Txitxó montados sobre ellos. Y a su vez, Baraso aferrando al frustrado nadador, quien terminó por conformarse a ser remolcado con el cuerpo parcialmente sumergido.



Al llegar a Euriopa nos reunimos a considerar la situación. Nos quedaba aún alcanzar la boca del Guadi-aro y remontarlo hasta sus nacientes, lo que era inviable de completarse en media jornada.

A ello se sumaban las carencias de las embarcaciones. O nos proponíamos reparar la balsa desarmada para que volviera a sernos útil, o simplemente debíamos deshacernos de los troncos e intentar viajar los once en las dos balsas.

Etxekide presentó un plan alternativo. Propuso que en lo inmediato continuáramos remolcando los troncos hasta llegar a la boca del Guadi-aro, donde pasaríamos la noche. Y que al día siguiente nos dividiéramos en tres grupos. En la balsa mayor iríamos Aimar, Janequa, Sutziake y yo. En la otra, Guaire con Edurne y Nora. Mientras que los demás varones, Baraso, Egoitz y Txitxó emprenderían el trayecto por tierra, caminando a la vera del río, guiados por Etxekide.

La distancia a recorrer desde el Lubarnea hasta nuestra caverna, era de unas once carreras. Perfectamente los varones podrían completarla a pie en una jornada, descartando que seguramente Txitxó podría hacerlo en mucho menos tiempo.

La noche volvió a presentarse fresca pero soportable, rebosante de estrellas en el límpido cielo nocturno.

Esta vez opté por invitar a Baraso a pasear por la playa.



En la tercera y última jornada del viaje no se presentaron inconvenientes. A poco de adentrarnos en el Guadi-aro, deseamos suerte a los caminantes y los dejamos atrás, impulsados por las velas.

Al mediodía atracamos las balsas próximos a las cumbres aún nevadas y cargamos los equipajes para marchar el tramo final hasta la caverna.

Un rato más tarde divisamos la columna de humo. A la distancia nos extrañó descubrir un par de pequeñas cabañas, contiguas al muro de la empalizada. Era inconcebible que Abian hubiera levantado dos chozas en tan poco tiempo.

Nuestras sospechas se confirmaron al acercarnos. Otra vez Abian y Ainenfrau habían recibido visitas en nuestra ausencia.

Con inmensa alegría vimos a Guadarteme y a Oihane corriendo a recibirnos.



La noticia de la *eskritura* hallada en la Mujer Durmiente había provocado una conmoción en la Grosejule.

Iulen había transmitido el contenido del mensaje, fundamentando su presunción de que "los seis del barco seis" se hallaban vivos en el otro continente.

Oihane y Guadarteme habían solicitado viajar a la caverna del sur, arriesgando estar ausentes en los festejos de año nuevo. Puesto que ellos eran los únicos que tenían amigos de su misma ciudad entre los posibles sobrevivientes de Libia, Txanona había accedido a que partieran con la condición de que regresaran lo antes posible a informar lo sucedido.

Fue emocionante el reencuentro entre Sutziake y Guadarteme. Lágrimas de felicidad empaparon nuestros ojos cuando volvimos a abrazarnos con Oihane y Sutziake, como tantas veces lo habíamos hecho en Sexta.

Faltaban los varones, que recién llegaron al anochecer, agotados por la larga marcha a través de las montañas.

Otro momento emotivo fue cuando Baraso y Oihane volvieron a verse, luego de las amargas desavenencias que los habían separado en medio de la tormenta. Aquellos malestares carecían ya de importancia, pertenecían al pasado.

Habían sucedido tantas cosas desde entonces, que podría decirse que Oihane y Baraso, como todos los sobrevivientes, éramos otras personas.

Se cumplía un año desde que los seis amigos de Sexta habíamos partido con destino al entrenamiento en Lehen.

Sin embargo compartíamos una percepción distinta, como si hubiera transcurrido mucho más tiempo.

Como si hubiera pasado una vida entera. Y nos halláramos en otra.



En afortunada previsión, Oihane y Guadarteme habían propuesto a Abian construir un par de cabañas. Trabajando durante dos días sin descanso habían levantado las paredes y colocado los techos de las rústicas construcciones, cuyo aspecto me hizo recordar al *aparamen* que una vez habíamos montado en la Plaza Principal de Sexta.

Gracias a su esfuerzo contábamos con cierta comodidad de alojamiento para todos. Éramos quince para pasar aquella noche, previa a la Fiesta de Ama.

Aunque la tradición de Atlantis indicaba acostarse temprano, no estábamos en condiciones de respetarla en tan extraordinaria circunstancia.

Pese al cansancio, las ruedas de conversación y las diversas celebraciones por estar nuevamente reunidos, se prolongaron casi hasta la madrugada.



Avanzada la mañana nos reunimos en el valle inmediato a la caverna para dar inicio a las celebraciones de Año Nuevo.

No éramos suficientes para emular la formación de la cruz atlanteana, pero igualmente hicimos una ronda tomados de las manos, alrededor de Janequa.

Ella fue quien dirigió las oraciones, agradeciendo a los Dioses por el encuentro con los amigos de Libia, por el final del angustioso *negu* y el advenimiento del prometedor *udaberrí*, invocando similitudes entre el significado de la siembra y la germinación de nuevos vínculos entre las comunidades de sobrevivientes.

Éramos varias las *maiswak* en Cultivo para dirigir el ritual del mediodía.

Sutziake y Nora, en representación de la comunidad de Libia enterraron bulbos y semillas de árboles frutales, aguacates, bananas y papayas. Oihane, en nombre de los sobrevivientes de la Grosejule, preparó un cantero con semillas de pimientos, papas y tomates. Por último, Janequa y yo, por la comunidad anfitriona, sembramos y regamos maíz en los terrenos mejor abonados.

Eduerne y Janequa, asistidas por Aimar y Guaire, prepararon el banquete ceremonial, que consistía en perniles de cerdo con salsa de frutos del bosque, seguido de un caldero de pescados y mariscos con hierbas y un postre de queso de cabra con nueces y miel.

Mientras ellas cocinaban me ausenté subrepticamente. Anudando la falda de la túnica a mi cintura, me dirigí hacia las montañas del norte, donde se encontraba la aldea de pastores. Hice señas a Suntumbaiá para que se acercara e intenté explicarle que estábamos de fiesta.

Como era esperable, el joven muchacho se dispuso alegre y sumiso a mi invitación. Llegamos a la caverna a tiempo para hacer las presentaciones antes del ritual de las ofrendas.

Tuve la satisfacción de invitar a sentarse en la larga mesa a Ainenfrau y su panza de dos estaciones, al enorme Txitxó, quien se veía de excelente humor y al tímido Suntumbaiá, que observaba la escena con ojos fascinados.

De los dieciséis comensales, trece proveníamos de Atlantis.

La presencia de los otros tres simbolizaba nuestros lazos de amistad con los nativos. Con los hombres del hielo de Euriopa, con los pastores del Lubarnea y con los hombres de los bosques de Libia



Habían transcurrido quince días desde el avistamiento de la bandera. La mayor parte de esos días finales del *negu* no habíamos estado en la caverna. En nuestra ausencia, Abian y Ainenfrau se habían arreglado para sostener las producciones, realizando buenos acopios de aceite de *olibo*, crema de lejía, queso de cabra, *txarki* de conejo y cerveza.

La abundancia de cerveza nos aseguraba las merecidas libaciones a la puesta del sol y el ameno complemento para la fiesta nocturna.

Pero la celebración requería de otro ingrediente para ser perfecta. La música.

Afortunadamente Oihane y Guadarteme estaban de visita. Culminados los brindis rituales, ellos tomaron los tambores y dio comienzo el baile.

Encendimos una gran hoguera a continuación del patio de entrada y varias fogatas más pequeñas alrededor, con lo que logramos mitigar el aire fresco del anochecer. A su vez, dispusimos antorchas para iluminar el contorno de la empalizada.

La cerveza obtenida a partir de la mies del lugar recogió unánimes elogios entre nuestros amigos. Ellos coincidieron en apreciar el sabor, el color y la textura de la bebida. Y tanto los de Libia como los de la Grosejule, quisieron saber la receta para producirla. Sutziake y Oihane llegaron a afirmar que tenía un sabor similar a la que nos habían servido en el Club de la Serpiente, en aquel memorable banquete de buena vecindad. Mi recuerdo no coincidía con el de ellas, lo que dio lugar a recurrentes bromas durante la noche.

Nora invitó a Txitxó a tomar los tambores, habilitando a Guadarteme a participar de las danzas. Por unos instantes, el fornido hombre de piel negra intentó seguir la inconfundible cadencia de Hiru que proponía Oihane, pero de a poco fue adquiriendo confianza y comenzó a sorprendernos. Al mismo tiempo que sostenía el ritmo golpeando con un palo el costado del tambor, su *esku-erra* danzaba sobre la lonja con una destreza extraordinaria, rellenando los compases con graciosas variaciones. Oihane lo miraba con admiración, pretendiendo imitar sus movimientos, pero en poco tiempo renunció a hacerlo. Ella dejó entonces los tambores y se sumó a la ronda de quienes disfrutábamos el espectáculo, balanceando nuestros cuerpos al son de la exótica música de Libia.

La consecución de la fiesta requirió de un complejo tejido de acuerdos femeninos que fue haciéndose en el transcurso de la noche. Fuimos adivinando las expectativas de cada una, leyendo los gestos y las intenciones insinuadas. Urdiendo una trama de deseos, de cuidados y favores, de pactos y renunciaciones entre mujeres, la mayoría de ellos procesados mediante señas.

Los varones más ambicionados resultaron ser Baraso, Txitxó, Etxekide y Abian, en ese orden. Todas deseábamos estar con ellos, al menos durante un rato de la noche. En menor medida Guadarteme, Suntumbaiá y Egoitz también eran demandados.

Lo primero que procuramos con Sutziake fue que Aimar y Guaire no quedaran desatendidos, puesto que ninguna de nosotras manifestaba interés en ellos. La misma Sutziake se ofreció a enmendar ese problema, tomando a Guaire por la cintura, contorneándose contra su cuerpo y besándolo mientras bailaban, para más tarde llevarlo, casi a empujones, a una de las chozas.

Mientras Sutziake se ocupaba de Guaire, pude persuadir a Janequa de prestar atención a Aimar. Ella estaba interesada en Egoitz y en Baraso y aceptó de buen grado entretener a Aimar cuando le prometí que tendría un tiempo con el grandote de Sexta y podría más tarde dormir con el nadador de Hiru.

Por momentos resultó intrincado congeniar una adjudicación satisfactoria para todas. Éramos siete mujeres y nueve hombres, contando a los nativos. Si eso ya era un inconveniente, más complicado era disponer solamente de cuatro ambientes privados. Para colmo, en las cabañas el frío era ostensible, pese a que habíamos acomodado un lecho con mantas y pieles.

Edurne bailaba provocativamente frente a Etxekide, Oihane se colgaba del cuello de Abian y Nora hacía lo propio con Guadarteme, mientras Txitxó aporreaba los tambores con energía inagotable. Los otros nativos, el joven Suntumbaiá y la embarazada Ainenfrau, contemplaban la eufórica escena con ojos de curiosidad y sorpresa.

La situación era oportuna para cumplir mis deberes de anfitriona, poniéndome a disposición del pastor. Tomándolo de ambas manos lo obligué a menear la cintura, flexionando las rodillas entre las mías. Él se mostró encantado y fue abandonando su timidez, tomándome con sus manos, explorando mi espalda y mis nalgas.

Despreocupadamente dejé que uno de los sostenes de mi túnica cayera por mi brazo, exponiendo mi hombro. Suntumbaiá no desaprovechó la oportunidad y comenzó a besarme el cuello, descendiendo por el escote. Sostuve su cabeza para que no interrumpiera aquellas deliciosas diligencias y lentamente fui retrocediendo con él, alejándonos del bullicio, internándonos en la oscuridad tras la empalizada. Apoyé mis manos inclinando levemente mi cuerpo para que el pastor levantara mi falda y se abandonara a dar satisfacción a su deseo y el mío, llevándome al límite de excitación en su entusiasmo.

Complacidos, regresamos al fogón, donde la escena había cambiado.

Oihane y Abian ya no estaban, y tampoco Edurne y Etxekide. Guadarteme acompañaba a Txitxó en los tambores y en el centro bailaban Janequa, Egoitz, Nora, Baraso y Sutziake.

Aimar y Guaire bebían cerveza sentados sobre un tronco, atacados de risa. Ainenfrau ensayaba acordes con su flauta, procurando contemporizar con el sonido que imponía el nativo de Libia.

Tengo un borroso recuerdo de lo que ocurrió el resto de la noche.

Estoy segura que vigilé que los pactos se respetaran para que Janequa estuviera con Baraso, Oihane con Txitxó y Nora con Etxekide.

Recuerdo sí, nítidamente, algunas insólitas imágenes, de las que fui impertinente testigo.

Por ejemplo, cuando Guaire y Aimar, embriagados en exceso, empezaron a besarse entre ellos, ante el estupor de Ainenfrau.

La mujer del hielo aguardaba con expectativa el regreso de su leal amante, pero Abian se encontraba muy atareado aquella noche. En la espera, aceptó con agrado la curiosidad de los varones por las pronunciadas curvas de su peludo cuerpo. Parecía bien dispuesta a recibir aquellas atrevidas caricias o disimulados manoseos. Por lo que dejé de preocuparme por ella.

Más tarde, cuando fui a verificar si una cabaña se hallaba disponible, me encontré con Janequa, Oihane, Baraso y Egoitz entreverados en la improvisada cama, ambos varones consumando su goce mientras tomaban a las mujeres. Me causó gracia la expresión de placer de Oihane, hundiendo su cabeza en los generosos pechos de Janequa.

Y ciertamente, recuerdo el momento concluyente de la noche.

Cuando llevé a mi lecho al vigoroso Txitxó y me deleité acariciando los formidables músculos de su negro cuerpo, antes de someterme, embelesada, a la vehemencia de sus bríos y al ardor de sus caprichos.



Desperté con dolor de cabeza.

A mi lado aún descansaba el estupendo nativo de Libia. Del otro lado de la mampara, reconocí los bostezos y susurros de Sutziake y Guadarteme. Tras saludarlos con un ademán de cariño, descendí por la galería hasta la sala principal.

Encontré a Guaire ordeñando las cabras y a Etxekide preparando el fuego para hornear galletas, con la ayuda de Nora. Sus rostros expresaban una mezcla de fatiga y felicidad.

Llené una jarra con agua fresca directamente de la pared de piedra, mojé mi cara y enjuagué mi boca antes de beber.

En su rincón habitual dormían Abian y Ainenfrau, la mujer peluda enrollada en los brazos del gigante.

En la tradición de Atlantis, el segundo día del año está consagrado al descanso. Nada hice por despertar a quienes permanecían en las cabañas, conteniendo mi curiosidad por saber si Suntumbaiá estaba con Edurne o había regresado con su gente.

Durante el desayuno hablé unas palabras con Guadarteme.

Él y Oihane volverían a la Grosejule al día siguiente, a transmitir la gran noticia del reencuentro.

Llegado el *udaberrí*, la perspectiva de abandonar las cavernas se hacía más cercana.

Ahora éramos tres grupos para acordar las pautas de convivencia. Para definir cuáles reglas habríamos de adoptar y cuáles habríamos de descartar.

Las condiciones para la reunificación habían cambiado.

Así como las semillas en los canteros, una nueva civilización habría de germinar en el valle del Tartessos.

La historia de Itahisa tiene su primer final en:

Parte Ocho, Reparación
Tercer Movimiento, Udaberri

<http://itahisa.info/about/parte-ocho/udaberri/>